

El espacio del deseo de Eugenia Revueltas

Alicia Correa

El espacio del deseo inicia sus páginas con una dedicatoria a tres mujeres, sin duda, trascendentes en la vida de la autora. Probablemente, algunos rasgos de ellas aparecen en las líneas de esta colección de cuentos donde los personajes femeninos habitan en forma relevante y conciertan situaciones, anécdotas, regocijos, dolores, deseos, frustraciones, paciencias, dolencias, querencias; diálogos, monólogos y soliloquios que nos introducen por los ámbitos de la conciencia, de los sentimientos, de las vivencias, de la tragedia delirante, del gozo sublime, de la amargura, de la soledad, de la muerte; es decir de lo esencial del paso por esta vida.

241

Una característica de estos cuentos es que el punto de vista de la narración se ubica en la sucesión de recuerdos de un personaje central dominante. Por esto, el narrador-personaje prevalece en estos textos que ahora comentamos, como un narrador codicioso siempre por rescatar el tiempo, motivo básico de su narración. De esta manera, el narrador omnisciente desaparece o apenas funciona, aparentemente, como una voz apagada para ser absorbida luego en la inmediatez dramática del monólogo interior que repentinamente puede convertirse en diálogo interior con el otro yo. Solo uno de los cuentos instala su narrador omnisciente; éste es "Especie en peligro de extinción", texto gozoso, y más que eso, apetitoso, sugerente, sinestésico; que magnifica las sensaciones gustativas, olfativas y visuales de la comida, y sobre todo el placer omnipotente de la gula, que a pesar de todo nos extasía y nos mueve a envidia por el cogollito de Manuel Ripoll.

Tiempo e intrahistoria son elementos que la autora atiende y revive en boca de sus personajes narradores, donde puede no existir la homogeneidad temática, pero en todos está siempre presente la huella del desencanto, la soledad, la amargura que campea en ámbitos generalmente porteños, exuberantes, sonoros y esencialmente calientes —quise decir cálidos, pero no me pareció la palabra adecuada para los diferentes ámbitos de estos cuentos. La escritora desenmaraña los mecanismos del tiempo explorando diversos recursos para retratar el interior de los personajes y el sistema de valores sobre los que hemos edificado nuestra concepción del mundo.

La vida humana sólo se explica al reconstruirse y no se agota en una sola experiencia. Ésta es una premisa que la autora nos explica a lo largo de las experiencias de sus personajes.

Pero vayamos por partes.

Personajes, narradores, tiempo y espacio son elementos muy bien cuidados en la obra; básicamente, el peso de los cuentos recae en los discursos de los personajes. La calidad de la investigadora parece manejar a la escritora, y en esa mezcla de rigor crítico, erudición, saber narrativo y creación construye su texto literario.

242

Horacio Quiroga expresó que el cuento debe ser una flecha que va con certeza a su blanco; el de Eugenia apunta a develar la condición humana en cada matiz de la situación narrativa, así como en comunicarnos algo que muy inconsciente y profundamente necesita sacar a flote en la creación, no porque necesariamente la haya vivido en carne propia, sino porque es en absoluto consciente de que esas situaciones están en la experiencia de la vida común. ¿Cómo conjugar a la mujer abierta, alegre, inteligente, sensual y vital con estos sus personajes femeninos eclipsados en algún momento de su existencia, que agónicos se frustran, se degradan, o sombríamente desaparecen?

¿Qué sucede con la vital Analise plena de ensoñación, “apasionada y concentrada en *Los adioses*, melancólica e ingenua en el *Claro de luna*”. Esto es lo que sucede: “Analise se casó y aprendió a escuchar con una sonrisa en los labios que la llamaran doña Anita; tuvo tantos hijos que nunca más volvió a abrir el piano y las partituras dormían el sueño de los justos”. Su barbilla, antes delicada, ahora convertida en una doble papada se relaja y tiembla.

¿Qué sucedió con Diorinda Galíndez “quien cantaba como los propios ángeles y que poco tiempo después enloqueció?” Se convierte en una esencia grotesca que, sin serlo realmente, carga la imagen de su ser burlado y suspendido en el instante del pasado —o del presente porque aparecen con la simultaneidad que sólo es posible aprehender en la literatura—, instante del pasado en que descubre la ajada carta con un trébol de cuatro pétalos de jade.

¿Qué pasó con la tía Umbelina “bella, amable, alegre, devota, buena cocinera, inteligente, estudiosa [...] Tan bella como una virgen de Rafael”? Leámoslo en sus cartas:

[...] cuando la soledad amenaza con enloquecerme, salgo de la casa, con mi oscuro sayal, pues vestido no se le puede llamar a esta tela sin forma que cubre mi desgarrado cuerpo, negro y con cuellito de encaje [...] y así transformada, camino por las calles, camino al río; a lo lejos escucho voces que van jalando mi paseo, voces que

desgarradas cantan fados, no los hechos para los turistas, sino el fado que nace de la entraña misma de la soledad y el dolor y yo lo oigo retumbar en las angostas paredes de mi pecho [...] Llego a la Porta do Belem [...] para mí es el imposible punto de partida de un viaje sin retorno y allí en la parte más alta de sus almenas contemplo el horizonte mientras lágrimas de rabia e impotencia empañan mis ojos [...] Me hace daño ver a esos jóvenes bellos, despreocupados, sanos, libres, mientras yo me he convertido a los cuarenta y cinco años en una vieja amargada.

¿Qué pasa con Clara, de familia acomodada, padre médico de fama, madre gentil, melómana infatigable, inteligente, sensible y alegre, con hermanos bellos, graciosos, humorísticos? Es acechada por un silencioso y taimado asesino multiplicado en ángeles implacables que la solicitan.

243

¿Qué pasó con Anfisbena, la flor del Papaloapan, “hecha para gozar la vida, que contemplaba con ojos alegres el mundo e inauguraba cada día todas las cosas que la rodeaban; la que, como rayo de sol, todo lo iluminaba con risas, bromas, carantoñas, y gozosa se estremecía de placer al nadar en las penumbras aguas del río al amanecer, así sencillamente, con el deleite natural y espontáneo de una sensualidad libre de restricciones, elemental y pura”? Vive ahora corroída por la ira y la venganza contra la hermana seductora de su amado, compensándose con “el efímero y solitario orgasmo”.

Estos personajes y otros más, como Genoveva del Rincón en “Santuario”, parecen moverse entre amplios espacios que se convierten en círculos que constriñen hasta casi enloquecer; almas que entre laberintos individuales sufren un encierro: el carcelario, como el de la Tía Umbelina en “Fado”; el mortuorio, como el del personaje anónimo de “La última voz”; el encierro de rencor, como Anfisbena; el encierro del abismo en el juego de espejos del yo, como Miranda; el encierro del amor no correspondido e inventado —porque también el amor se inventa—, de aquel personaje anónimo de “Bestiario”, un amor aherrojado en el recuerdo, la tejedora de sueños de “El bello unicornio”, apasionada en la oscuridad remota de la nada.

Todos estos personajes viven la amargura de la frustración vital, incluyendo los masculinos como Alberto en “Santuario”, fiel a su Yocasta (Genoveva) siempre insatisfecha, perdido en la penumbra de una familia castrante; o Florencio Alcocer, el frustrado amante que renuncia a la vida, filántropo por deudas de honor familiares, viviendo también una castración no física sino vital, que impone también a sus hijas, quienes lo único que desean en esa constreñida vida es ir a “la calle, la calle y la calle”; porque su padre decidió encerrarlas para siempre, ya que “nunca llegará un joven que les haga concebir sueños que no se cumplan. Yo las he librado de todo ello, pues aprendí en carne propia lo inútil y doloroso de los sueños”.

Narración es evocación. Evocación es manejo del tiempo, y en la literatura ese tiempo narrativo es el tiempo vital y real de los personajes que están viviendo su historia a través de la pluma de su creador; historia propia que al literaturizarse les permite no envejecer; ya no evolucionan hacia la muerte, sino que se estancan en el presente eterno de la narración.

“Contemplando a las estrellas”, mi cuento favorito, está revestido de una condición fatalmente evocativa; es una épica que articula el tiempo de una vida y las de otras decenas, que se entretajan y confluyen en ese recorrido vital. El tiempo se especializa y se impregna de significados que se asocian con el hecho fatal de la muerte a la que se pretende derrotar con el recuerdo:

244

Sabes, hija, cuando uno llega a viejo, todo se va olvidando, los recuerdos se revuelven y encrespan como lo hace el mar de la época de los vendavales, por ello es necesario ir anclando los recuerdos, para que no se vayan a la deriva y naufraguen en el olvido, que es peor que la muerte; por eso yo he ido cosiendo estas colchas de retales. Yo contemplaba aquellas sobrecamas hechas con una infinidad de recortes multicolores dispuestos con un fascinante sentido del color en las más inesperadas composiciones geométricas, mientras ella me iba contando la cotidiana y maravillosa historia de su doméstica odisea.

Anteriormente expresé que en estos cuentos el tiempo se espacializa. Eugenia concentra mucho de su atención en la temporalidad y en todo lo que tiene relación directa con ese elemento; porque ahí el tiempo de la conciencia subjetiva se hace espacio en la contemplación panorámica de la vida. La evocación que se realiza en “Contemplando las estrellas” y en la mayoría de estos cuentos nos permite imaginar ampliamente los espacios que ahí se cuentan y las situaciones que se describen. Esos espacios son rescatados y se convierten en la escenografía, la panorámica de toda una vida.

La literatura tiene esa capacidad de asimilar el tiempo y el espacio reales y articular personajes e historias reales. Tiempo y espacio fundidos en un todo concreto, de manera que el tiempo se hace visible y el espacio busca corresponder al movimiento del tiempo, de la trama y de la historia. Un poco de esto es lo que sucede en el último cuento, “A la orilla”, un monólogo construido en tiempo presente (el 92% de los verbos están en presente), un diálogo interior del personaje consigo mismo; una puesta en escena de su realidad pasada, presente y futura, una lírica toma de conciencia del ser, del mundo, del yo y del otro. Cito algunos fragmentos:

De hecho nadie ha podido contemplar mi rostro. Parada a la orilla del mundo, subyugada por el vasto horizonte que ante mis ojos se extiende; fijando todos mis

sentidos en aquel punto luminoso y oscuro, magnífico y aterrador del ensueño y la pesadilla, he permanecido silenciosa e inmóvil, ajena y aislada. Deseando lo inalcanzable, soñando lo temido, inventando pasados, reelaborando futuros [...]

Empecinada me he inventado amores, amistades, dolor, placeres, angustia y muerte, tan perfectos y absolutos que tú o el otro, esto o aquello, jamás podrán competir con este vivir tan pleno y solitario de mi engaño [...]

Tal vez estas líneas paralelas que somos tú y yo, se encuentren en el infinito.

Una última reflexión. Renglones atrás pregunté: *¿cómo conjugar a la mujer abierta, alegre, inteligente, sensual y vital con los ámbitos que nos crea y reproduce? No lo sé, pero en el último cuento, "A la orilla", en su primera línea, el personaje afirma a su lector: "De hecho nadie ha podido contemplar mi rostro". Y concluye en la última: "Tal vez estas líneas paralelas que somos tú y yo, se encuentren en el infinito".*

245

Por lo pronto, este primer encuentro ha sido muy agradable.